

una linda voz, cantaba agradablemente, y poco á poco Christian se fué acercando á ella, y habló de música y de ópera. Los «*Ecos de Iliria*» estaban tambien en el atril entre *La reina de Saba* y la *Linda perfumista*. La prefecta pidió al rey que la indicase el movimiento, el colorido de los cantos de su país. Christian II cantó algunos aires populares: «*Bellos ojos de azul de cielo:*»—y tambien, «*Niñas que me escucháis al trenzar vuestros cabellos...*»

Y mientras que apoyado en el piano, pálido, seductor, tomaba entonaciones y posiciones melancolicas de desterrado, allá abajo, sobre la mar Iliria, cuyos ecos cantaban las olas de espumosas cimas y los rios bordeados de cactus, una hermosa y entusiasta juventud, que Lebeau se habia olvidado de avisar, cinglabá alegremente hácia la muerte, al grito de «¡Viva Christian II!»

XIII

En capilla.

«Mi querida amiga: acaban de conducirnos á la ciudadela de Ragusa, á Hezeta y á mí, despues de una sesion de diez horas en el teatro circo, en donde se habia constituido el consejo de guerra encargado de juzgarnos. Por unanimidad hemos sido condenados á muerte.

Puedo decir que prefiero esto. Al ménos ahora sabemos á qué atenernos, y no estamos incomunicados. Leo tus queridas cartas y puedo escribirte. Este silencio me ahogaba. No sabia nada de tí, de mi padre, del rey, á quien creíamos muerto, víctima de alguna emboscada. Felizmente S. M. no ha sufrido más que un fracaso y la pérdida de algunos leales servidores. Podia habernos sucedido mucho peor.

Los periódicos han debido deciros cómo han pasado las cosas. No habiendo llegado á nosotros la contraórden del rey, nos encontrábamos entre siete y ocho de la noche á sotavento de las islas, en el lugar de la cita. Hezeta y yo en el puente, los otros en las cámaras, todos armados, equipados, con tu linda escarpela en el sombrero. Estuvimos bordeando dos, tres horas. Nada á la vista, excepto barcas de pesca ó las grandes chalupas que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

hacen el servicio de guarda-costas. La noche cerró con una bruma de mar que nos perjudicaba para ir al encuentro del rey. Después de esperar largo tiempo, presumimos que el vapor de S. M. nos habría pasado sin verlo, y que ya se habría verificado el desembarco. Justamente; del sitio de la playa de donde debía partir la señal, sube de pronto un cohete. Aquello significaba «Desembarcad.» Ya no había duda, el rey estaba allí. Pronto, á tierra.

Visto mi conocimiento del país—¡he cazado tantos alcarabanes en la costa!—yo mandaba la primera chalupa. Hezeta la segunda, Miremont la tercera, llevando en él á los parisienses. Teníamos la patria ante nosotros, lo cual nos hacía latir el corazón. El silencio de la playa me sorprendió desde luego. Sólo el ruido de las olas, que reventaban, sin aquel rumor que hace la multitud la más misteriosa, de donde siempre se escapa un rumor de armas, un latido de respiraciones contenidas.

—¡Ves á nuestros hombres!...—dice San Giorgio admirado.

Nosotros vimos que lo que tomábamos por soldados del rey eran ramas de cactús, higueras de Africa puestas en fila en la playa. Yo me adelanto. Nadie. Sólo siento un cierto pisoteo á distancia. Digo al marqués... «Esto no está claro—volvamos á bordo.»—Desgraciadamente llegan los parisienses... ¿Quién puede contenerlos?... los veo esparciéndose por la costa, registrando las matas, los setos... De repente luce una banda de fuego, se oye un terrible fuego graneado! «¡Traicion!... ¡Traicion!... ¡Huyamos!...» Nos precipitamos á las barcas... Una verdadera revuelta de rebaño asustado, azotado, perseguido. Pero esto no duró mucho tiempo... Hezeta, el primero, se lanza con el revolver en mano... «¡Avanti!... avanti!... Qué voz!...» Toda la playa resuena... Todos nos arrojamos detrás de él... Cincuenta contra un ejército... No había otro recurso más que morir. Es lo que todos los nuestros han hecho con valor. Pozzo Mélida, Soris, tu enamorado del año pasado; Enrique de Trevigne, que me gritaba en la confusión: «¡Herberto, no sientes

las guzlas!...» Y Juan de Veliko, que dando sablazos cantaba la Rodoitza á toda voz, todos cayeron, allí los he visto sobre la arena, acostados en la playa y mirando al cielo. Los lindos bailarines de nuestra fiesta serán arrebatados por las olas cuando suba la marea. Méenos dichosos que nuestros camaradas, el marqués y yo, únicos que quedamos vivos, fuimos cogidos, amarrados y conducidos á Ragusa en un mulo, yo echando espuma con mi impotente rabia, mientras que Hezeta, más calmado, decía: «Debia ser esto... yo bien lo sabia.»—¡Qué hombre más particular! ¿Cómo podía saber que seríamos vendidos, recibidos al desembarcar por fusiles y descargas de metralla? Y si lo sabia, ¿por qué nos ha llevado allí?... En fin, ha sido un fracaso, una partida que se puede volver á intentar tomando más precauciones.

Me explico ahora por tus queridas cartas, que no me canso de leer y releer, porque la decision de nuestro proceso ha sido tan dilatada, por qué había tantos paseos de gente negra á la ciudadela, tantos altos y bajos, tanta espera. Los miserables nos trataban como prendas de rehenes, esperando que el rey, que no ha querido renunciar al trono por cientos de millones, hará ahora ese sacrificio por la vida de sus dos fieles. Y tú te irritas, te sorprendes, cegada por tu amor, que mi padre no haya dicho al rey una palabra en favor de su hijo. ¡Pero un Rosen no podía cometer semejante villanía!—No por eso me ama ménos el pobre viejo, para quien mi muerte será un golpe terrible. Respecto á nuestros soberanos, á quienes acusas de crueldad, no tenemos derecho para juzgarlos al alto golpe de vista que les sirve para gobernar á los hombres. Tienen deberes y derechos fuera de la regla comun. ¡Ah! Meraut te podría decir sobre esto muy buenas cosas. Pero yo las siento, y no las puedo decir. Todo se me queda dentro de la cabeza, y no puede salir. La tengo muy dura. Cuántas veces esto me ha perjudicado delante de tí, á quien tanto amo, por no haberte podido decir lo que sentia. Aun aquí, separados por tantas leguas y tan

gruesas barras de hierro, la idea de tus picaruelos ojos y de tu maliciosa boca, debajo de tu nariz que se frunce para burlarse de mí, me intimida y me paraliza.

Y con todo, antes de dejarte para siempre, es preciso que te haga comprender una vez más que no he amado más que á tí en el mundo, que mi vida ha empezado solamente el día que te he conocido. ¿No lo recuerdas, Coletta? Fué en los almacenes de Tom Levis. Me encontraba allí por casualidad. Tú encargabas un piano; tocaste y cantaste una cosa muy alegre, que, sin saber por qué, me dió ganas de llorar... ¡Me pescaste!... ¿Eh? ¡Quién nos lo hubiera dicho! ¡Un matrimonio por las agencias convertido en casamiento por amor! Y luego, en ninguna clase de la sociedad encontré una mujer más seductora que mi Coletta. Así es que puedes estar tranquila; tú, aunque ausente, estás siempre en mi corazón; la idea de tu lindo palmito me tenía de buen humor y me reía pensando en él. Cierto es que tú siempre me has inspirado ganas de reír... Mira, en este momento nuestra situación es terrible, sobre todo de la manera en que se presenta. Hezeta y yo estamos en capilla; es decir, en la celdilla con negros muros en que han puesto el altar para nuestra última misa, con un atahud delante de cada cama y sobre la cabecera escritas estas palabras: «Muerte...» «Muerte...» A pesar de todo, mi habitación me pareció alegre. Huyó de estas amenazas fúnebres, sólo al pensar en mi Coletta; y cuando me asomo al respiradero, este admirable país, el camino que baja de Ragusa á Gravosa, los aloes, los captus reflejando en el mar azul, todo me recuerda nuestro viaje de bodas, la cornisa de Monaco á Monte-Carlo y los cascabeles de las mulas que conducían nuestra dicha. ¡Oh mujercita mía! qué linda estabas, querida viajera, con quien hubiera querido hacer un camino más largo...

Ya ves que por todas partes tu imagen triunfa, en los umbrales de la muerte, en la muerte misma, porque llevaré tu retrato apoyado en mi pecho al campo, á la puerta del Mar, á donde pronto nos conducirán, y esto me permitirá caer sonrien-

do. Así, amiga mía, no te aflijas mucho. Piensa en el sér que va á nacer. Guárdate para él, y cuando tenga edad para comprender, dile que he muerto como soldado, de pié, con dos nombres en mis lábios, el nombre de mi mujer y el de mi rey.

Hubiera querido dejarte un recuerdo del último momento, pero todo me lo han quitado, joyas, reloj, alianza, alfiler. No tengo más que un par de guantes blancos que destinaba para mi entrada en Ragusa. Me los pondré para honrar mi suplicio, y el capellan de la prision me ha prometido que te los enviara.

Vamos, Coletta querida. No llores. Pero aunque te digo esto me ciegan las lágrimas. Consuela á mi padre. ¡Pobre hombre! El, que me reñía porque llegaba tarde á la órden.... ¡No me esperará ya más! Adios, adios... Tenia que decirte tantas cosas... Pero no... ¡Es preciso morir! ¡Qué mala suerte has tenido!... ¡Adios, Coletta!

HERBERTO DE ROSEN.